

LA DECADENCIA DEL IMPERIO SOVIÉTICO

Traducción de JORGE BRASH

Timothy Garton Ash describe el decadente panorama actual del poderío político y económico de la URSS en los países de Europa Oriental. El régimen que alguna vez parecía haber satisfecho algo más que la promesa socialista presenta ahora índices de crecimiento abatidos, con caída absoluta del producto nacional en algunos años, no sólo en Polonia sino

también en Hungría y Checoslovaquia. Polonia, Hungría y la República Democrática Alemana están entre los primeros países del mundo en cuanto a deuda per cápita. De no ocurrir un cambio radical, Europa del Este se enfrenta nuevamente a una perspectiva de retraso cada vez mayor respecto de Europa Occidental.

¿POR QUÉ NADIE en Europa Oriental habría de apoyar jamás a un Estado socialista atado a la Unión Soviética? Hace cuarenta años había tal vez tres razones principales para hacer algo tan curioso. En primer lugar estaba la razón de la fuerza; en segundo, lo que se proclamaba como la fuerza de la razón, es decir la ideología; en tercero, la esperanza de una modernización emancipadora. La razón de la fuerza tenía dos aspectos. En Europa Oriental había tropas soviéticas que desafiaban a la Alemania nazi; en consecuencia podía decirse que el poder soviético protegía los nuevos territorios de Polonia y el territorio devuelto a Checoslovaquia contra el afán revanchista de Alemania. Por eso algunos consideraban que tenían razones para estarle agradecidos. Del otro lado de la misma moneda estaba simplemente la *force majeure*. La Unión Soviética era evidentemente la única fuerza dominante en la región.

El poder soviético sobrevino como "la rueda de la historia". Trajo consigo un futuro inevitable y sublime. Muchas razones movieron a hombres y mujeres sensatos y educados a abrazar esas exigencias de ideología increíbles y utópicas: desde la experiencia de la injusticia social, la discriminación racial y el fanatismo bajo regímenes de preguerra, hasta la experiencia indescriptiblemente terrible de la guerra, la ocupación y el genocidio en Europa Central. Estas razones no pueden resumirse ni sintetizarse, pues no sólo se trata de razones sino de motivos, impulsos, mezclas de temor y anhelo, "de eros y de polvo".

La parte más racional era la esperanza de la modernización emancipadora. En digamos 1948 no era insensato creer que el sistema socialista podría sacar a la mayor parte de Europa Oriental de su retraso y dependencia históricos e incluso superar a los países capitalistas, tanto en lo social como en lo económico.

Hasta mediados de los años sesenta se seguía creyendo que algo así sucedía realmente. Los índices de creci-

miento eran altos, e incluso propiciaban la exageración estadística. Los especialistas de Occidente escribían en serio sobre la "convergencia", Jruschov hablaba en público de "sepultar" a Occidente. El dirigente checo Antonín Novotný se preocupaba en privado sobre los problemas económicos del éxito de Checoslovaquia.

En cuanto a los "derechos sociales", hubo ya una gran desigualdad estructural —una condición automáticamente privilegiada para la *Nomenklatura*—, pero no obstante, parecía realmente como si pudiera haber empleo, vivienda, atención a la salud y educación básica para todos. Un hecho indiscutible fue cierta seguridad social rudimentaria. Otro tanto ocurrió con el avance social de toda una generación de trabajadores y en especial de niños campesinos que, por primera vez, pudieron disfrutar de un departamento moderno con agua corriente y baño propio, o de una oficina con aspiraciones de clase media, una maceta con su plantita y una efigie plástica de Lenin.

¿Pero qué pasa hoy? Los índices de crecimiento se han abatido a partir de mediados de los setenta, con una caída absoluta del producto nacional en algunos años, no sólo en Polonia, sino también en Hungría y Checoslovaquia. La participación de Europa Oriental en el mercado mundial se está contrayendo. Polonia, Hungría y la RDA están entre los primeros países del mundo en cuanto a deuda per cápita en moneda fuerte.

Las plantas modelo de la modernización estaliniana —las siderúrgicas, los astilleros y las minas, todos de Lenin— son, hoy por hoy, más que otra cosa, deudas pasivas. Incluso la RDA, más avanzada y subsidiada por Alemania Occidental, ha retrocedido peligrosamente en cuanto a inversiones esenciales, no simplemente en la planta industrial, sino en infraestructura básica.

La Unión Soviética ofrece menos que antes en cuanto a subsidios encubiertos o manifiestos, y casi nada en cuanto a proporcionar un modelo de reforma económica, técnicas de administración o tecnología.

Sólo merced a sus nexos con Europa Occidental, algunos de estos países alcanzan apenas a colgarse de las faldas de la revolución de alta tecnología que está transformando al Occidente industrial y al lejano Oriente. El balance histórico es drástico: "hemos perdido cuarenta años", "estamos volviendo al punto de partida de 1945 - 1946". No son éstos juicios de disidentes, sino comentarios hechos casi de pasada por miembros de los equipos de reforma económica del gobierno en Hungría y Polonia. Si consideramos el dinamismo aún mayor que pueden adquirir las economías de Europa Occidental a mediados de los años noventa, merced a que se complete el mercado interno de la Comunidad Europea, parece justo afirmar que —a no ser por un cambio radical— Europa del Este se enfrenta nuevamente a una perspectiva de retraso cada vez mayor respecto de Europa Occidental.

Si esta es la realidad objetiva, la subjetiva es aún más sombría. Los economistas nos dicen que los niveles materiales de vida se han estancado o reducido, con inflación manifiesta en Polonia y Hungría. Pero se siente que la calidad de la vida se ha hundido aún más, por la contaminación, la escasez de inversión básica —que se aprecia dolorosamente en la vivienda, los hospitales y las escuelas— y porque las generaciones más jóvenes comparan su situación con la de sus contemporáneos en Europa Occidental, adonde viajan en número cada vez mayor.¹

En foros internacionales, y notablemente en la conferencia general de Viena Helsinki, los gobiernos soviético y de Europa Oriental exponen todavía su concepto de "derechos sociales", dando a entender claramente que mientras que los pueblos de Occidente pueden disfrutar más derechos individuales o civiles, los del Este disfrutan de más derechos sociales. Pero en gran parte de Europa Oriental esos mismos "derechos sociales" se han erosionado hasta un grado sin precedente, tanto en lo relativo a la cantidad de bienes proporcionados por el Estado como a la igualdad de acceso a ellos. Polonia, donde los hospitales carecen de los medicamentos más elementales, donde los niños asisten a la escuela en tres turnos, por falta de espacio en las aulas, y donde las parejas jóvenes esperan veinte años para tener un departamento, es a todas luces un caso extremo. Pero hasta un buen hospital del centro de Praga recuerda a un hospital inglés de, digamos, principios de los años sesenta.

Además existe la injusticia: no sólo la formal de que haya hospitales aparte y mejor equipados para la *Nomenklatura* y la policía, sino también la informal que supone la corrupción y la concusión.

Los actuales proyectos de reforma económica resultarán, sin duda, en mayor deterioro de estos "derechos sociales", incluida la violación del máximo tabú, el "empleo pleno", a consecuencia de cerrarse las fábricas por incosteables. El desempleo de aproximadamente 100 000 personas (cerca del 2% de la población trabajadora) está dentro de los proyectos oficiales de Hungría. Incluso para quienes tienen empleo, existe la frustración del trabajo sin sentido y un auténtico sentimiento de explo-

tación. Además, para las generaciones más jóvenes de trabajadores y de niños campesinos hay pocas esperanzas del tipo de progreso social que disfrutaron sus padres. La solidaridad, como correctamente se ha señalado, fue hasta cierto punto producto del impedimento de ascenso por la escala social. En ciertos países ha disminuido la expectativa no sólo social, sino incluso de la propia vida. En Hungría ha disminuido la expectativa promedio de vida de los varones, de 67 a 63 años durante los últimos ocho años. Además han aumentado los casos de suicidio, alcoholismo y drogadicción.

El panorama no es uniformemente sombrío. Claro que muchos jóvenes de Europa Oriental tienen una imagen teñida de rosa del Occidente. Pero eso mismo es una realidad que sus gobiernos tienen que enfrentar. El sentimiento general está, según creo, bastante bien captado en un diálogo entre Teresa Toránska, periodista polaca de la generación más joven, y Julia Minc, una de las viejas estalinistas a las que ella entrevistó para su espléndido libro *Omi* (Londres, 1987, p. 24.) Julia Minc ha estado defendiendo al gobierno afgano, "que está tratando de construir el socialismo":

Toránska: ¿Qué es socialismo?

Minc: Mejores condiciones de vida para todos, enseñanza gratuita y seguridad social.

Toránska: ¿Como en Occidente?

¡Ah, sí, el socialismo! Tan a menudo se ha proclamado el fin de la ideología y la bancarrota del socialismo en Europa Oriental que uno tiene que precisar mejor lo que quiere decir. ¿En qué sentido está la ideología más muerta y más quebrado el socialismo en Europa Oriental en los años ochenta que en los setenta? Claro que por entonces nadie creía que se fuera a construir el paraíso en la tierra. Los regímenes buscaban su propia "legitimación" en el nacionalismo o en la sociedad de consumo tanto o más que en el socialismo. La ignorancia y la indiferencia populares en cuanto a ideología habían alcanzado ya dimensiones impresionantes. En general, se preferiría que la gente aprendiera cosas; con todo, hay algo glorioso en la capacidad de millones de seres humanos para invertir miles de millones de horas dejándose inculcar marxismo-leninismo, y acabar no sabiendo nada, *absolutamente* nada del mismo. En 1985 Radio Budapest envió a dos de sus reporteros a la plaza Marx, a preguntar a los transeúntes quién había sido Karl Marx. He aquí las transcripciones:

Un transeúnte: Fue un filósofo soviético; Engels era amigo suyo. Bueno, ¿qué más puedo decir? Murió a edad avanzada.

Voz de una mujer: Claro, fue un político. Y fue, usted sabe, fue cómo se llama —de Lenin, Lenin, las obras de Lenin— bueno, él las trajo al húngaro.

Pero esto no es ningún alivio. Hay tres maneras en que ha decaído aún más la ideología en los años 80. En los años 70, aunque virtualmente nadie hacía caso del marxismo-leninismo, la mayoría de la gente de Europa Oriental propugnaba los que podrían considerarse

como valores nucleares del socialismo: igualdad, creencia en el empleo pleno, propiedad social de los medios de producción, gran participación del Estado en el bienestar social.

El fundamento de esta afirmación proviene de investigaciones sociales, de encuestas de opinión y, en no menor medida, de las demandas hechas por activistas laborales y dirigentes de Solidaridad en Polonia. Con todo, hay signos hoy en día de que incluso eso está empezando a desgastarse bajo el efecto de la crisis económica y social arriba indicada. Al menos entre los jóvenes y la gente mejor educada en Polonia y Hungría, se están poniendo en entredicho no sólo el sistema de tipo soviético, sino ciertos valores fundamentales del socialismo, como la igualdad o la propiedad social. Todavía es poco probable que en una votación libre y secreta se obtenga una mayoría en favor de la devolución de la industria pesada a la iniciativa privada. Pero pronto podrá hablarse, en este sentido más fundamental, de rechazo popular al socialismo a secas.

En segundo lugar, el socialismo ha desaparecido virtualmente del lenguaje de la oposición. Naturalmente que KOR y la Carta 77 dieron ya, a fines de los 70, un paso decisivo más allá de la esperanza revisionista de un "socialismo con rostro humano". Con todo, Adam Michnik concluyó su fecundo ensayo sobre el "Nuevo evolucionismo" en 1976 con una afirmación que empezaba: "Todo acto de resistencia nos permite y autoriza a construir los fundamentos de la estructura del socialismo democrático...", y mucho del vocabulario de la oposición en Polonia, Hungría y Checoslovaquia estaba tomado inconfundiblemente de la izquierda.

Las cosas han cambiado. El pequeño Partido Socialista Polaco (PPS) nuevamente fundado, así como la desfalleciente facción "Euro-comunista" de la Carta 77 son las excepciones que confirman la regla. A la pregunta "¿cómo reconocer hoy en día a un intelectual izquierdista de la oposición en Europa Centrooriental?" podría responderse de manera poco amable: "el intelectual izquierdista es el que dice que las categorías izquierda y derecha han dejado de tener sentido en Europa Centrooriental". La derecha no opina igual, y por ahora puede, sin duda, hablarse de una oposición de "derecha".

En tercer lugar está el cambio en la ideología oficial. Se ha vuelto costumbre que aunque los líderes de los Estados socialistas puedan, en privado, no creer una palabra de su propia doctrina oficial, no puedan decirse de ellas en público, puesto que es su única legitimación fundamental para conservar su monopolio del poder. La necesidad histórica debe reemplazar al carisma, el derecho divino o la urna electoral. En Polonia y Hungría, sin embargo, la pretensión ideológica ha pasado a un plano de importancia mucho menor. El nuevo dirigente húngaro, Károly Grósz, ha declarado que sólo por "mala suerte" Hungría ha llegado a tener un sistema de un solo partido.

Cité al principio de este ensayo las palabras del reformista más directo de su politburó, Imre Pozsgar: él no tenía, en principio, argumento en favor del sistema

de un solo partido, y agregó que sólo tenía un argumento práctico: la necesidad de estabilidad política.

En Polonia, el régimen de Jaruzelski no ha abandonado del todo la autojustificación ideológica, y el reformista más ufano del politburó, Mieczysław F. Rakowski, cree en el papel rector del partido comunista con más fervor que muchos de sus miembros más recalcitrantes.

Con todo, la defensa de la ley marcial —la cual aún obsesiona a este grupo— se llevó a cabo casi enteramente al margen de consideraciones ideológicas. El gobierno adoptó lo que podría llamarse un tono neobrutalista: "De no haberlo hecho nosotros, habrían sido los rusos. Como quiera que sea, nosotros tenemos las armas, no ustedes: así pues, ¿qué van a hacer ustedes al respecto? ¡Vengan a enfrentarnos! Sabemos que somos un gobierno de minorías. Sabemos que se nos odia. Pero vamos a sacar al país adelante sin la ayuda de nadie, le guste o no. La historia nos dará la razón". Tal, en efecto fue el mensaje de gente como Rakowski, el vocero del gobierno Jerzy Urban, y el columnista de *Polityka* Daniel Passent. En cuanto a la economía, en ambos países la superioridad del capitalismo se reconoce de manera más o menos abierta.

Trillada como ya estaba la legitimación ideológica, su abandono casi total en favor de argumentos de *razón de Estado*, funcionalidad o eficiencia constituye un avance considerable. En el plazo corto esto redundará en el crédito popular al liderazgo: "al menos llaman espada a la espada". Pero a largo plazo, es como para pensarlo. Si Václav Havel tiene razón al escribir que el lienzo cotidiano de las mentiras desempeña un papel importante en la preservación del sistema, entonces el desgarramiento público de este lienzo, de por sí, no puede dejar de tener sus consecuencias.

Se ha desvanecido la esperanza en una modernización emancipadora. La ideología no sólo está muerta, sino casi oficialmente enterrada. Esto nos deja con la razón de la fuerza —y sólo en su aspecto coercitivo. Pues mientras los dirigentes soviéticos pueden creer todavía que Europa Oriental tiene una "deuda de sangre" con la Unión Soviética por haberla liberado de la ocupación nazi, dudo que exista hoy un solo ser humano en Europa Oriental que no considere que esa "deuda", hasta donde haya existido, ya se ha pagado hace mucho, y con intereses múltiples y compuestos. El general Jaruzelski puede volver todavía a la cantilena de la Unión Soviética que protegió las fronteras polacas contra la venganza alemana, pero la mayoría de los polacos jóvenes tienen un punto de vista cada vez más positivo sobre la República Federal. Y, por cierto, no creen en ningún momento que el Ejército Rojo esté allí para protegerlos de los germanooccidentales.

Persiste el temor a la invasión soviética y a la represión internacional, temor que se vio reforzado en toda Europa Centrooriental por el ejemplo del "estado de guerra" polaco. No obstante, en el momento de escribir estas líneas, en el verano de 1988, incluso estos temores han disminuido. Por las razones arriba esbozadas, puede suponerse que, temporalmente al menos, se ha conjurado el peligro de una invasión soviética. Pero

también es verdad que ha disminuido el nivel de represión internacional, incluso en Checoslovaquia y la RDA.

En general, el riesgo de expresar las ideas propias se ha vuelto más calculables y menos extremos, aunque todavía varía mucho de uno a otro país. Adam Michnik dice que este no es un "socialismo con rostro humano", sino un "totalitarismo al que le han tirado los dientes". La metáfora sólo funciona a medias. Sí, se trata de un síntoma de la decadencia de lo que fue un sistema totalitario. Pero los dientes —los instrumentos de coerción— todavía existen y, en efecto, en el caso de Polonia, son cada vez más filosos que hace diez años. Lo que ha cambiado es que los jefes de ahora o bien tienen menos voluntad de usarlos, o más determinación para no hacerlo, o más bien —ya que la realidad es tan compleja y desordenada— un poco de las dos cosas.

Sin embargo, de las tendencias decadentes, ésta es seguramente la menos irrevocable. Difícilmente podría uno imaginarse la feliz resurrección de la ideología. Apenas algo más probable parece la recuperación de la modernización emancipadora dirigida por el Estado. Pero no es difícil imaginar la recuperación de la fuerza en Estados que todavía poseen aparatos de represión formidables. Esto puede adoptar formas nuevas: la muerte del padre Popieluszko en Polonia, hace cuatro años, recordó más a El Salvador que a la represión totalitaria "clásica". Pudo ser o bien una respuesta autónoma a la intranquilidad nacional, o un acatamiento forzado a una política retrógrada de Moscú.

Pero aunque hubiese de darse marcha atrás en Polonia en cuanto al uso sistemático de la fuerza, puede decirse que eso no frenaría, antes aceleraría otros procesos de decadencia.

Al escribirse esto, el resultado neto de todos estos tipos de decadencia —imperial, regional y nacional, económica y social, ideológica y política— es que, al menos en Hungría y Polonia, existen más y más amplias esferas en que el Estado no interviene en la práctica, o lo hace sin efecto; más oportunidades para el individuo de hablar y actuar (aunque también mayor necesidad de luchar por uno mismo); más pluralismo de facto que casi en cualquier otro momento de los últimos cuarenta años, excepto, claro, unas cuantas semanas en 1956 y, en el caso de Polonia, 16 meses entre 1980 y 1981.

LA EMANCIPACIÓN

Un mapa completo de la actual oposición en Europa Centrooriental a nada se parecería tanto como a uno de esos mapas caleidoscópicos de los grupos étnicos de la misma región antes de la guerra. Tanto en Polonia como en Hungría, los grupos cuyas identidades o programas emanan de condiciones específicas de la posguerra se entreveran o combinan con grupos que enarbolan casi cualquier bandera, lema, aspiración o prejuicio del espectro político de la preguerra (excepto el comunismo): populistas, reformistas económicos, sociólogos radicales, luteranos, católicos, etc., cualquier

tendencia imaginable, ahí está presente. También podría hacerse un nutrido catálogo de proyectos oficiales o semificiales de "reforma".

Aquí indicaré meramente cuatro dimensiones que todo cartógrafo de la emancipación debe tener en mente. La primera podría llamarse el redescubrimiento popular del pasado nacional: un interés difundido y apasionado por la historia, las tradiciones nacionales, autores olvidados, minorías étnicas del pasado y el presente (judíos, alemanes, ucranianos, húngaros de Transilvania y Eslovaquia) y los vínculos regionales ("Europa Central", Alemania, Lituania y Ucrania). Incluir todo esto bajo el membrete de "nacionalismo" resultaría una burda simplificación. En gran medida se trata simplemente de la búsqueda de lo que en Occidente se considera una continuidad cultural "normal"; la identificación con símbolos, tradiciones e incluso mitos nacionales, que resulta tan benéfica si se toma con moderación como peligrosa en caso contrario. La falta de acceso "normal" al pasado nacional fue una forma de privación; la recuperación, una forma de emanciparse. La tradición, decía G. K. Chesterton, es la democracia de los muertos. Pero, ¿cómo volver a cultivar la tradición conducirá necesariamente a la democracia de los vivos? ¿Qué decir de las auténticas tradiciones nacionales no democráticas y antidemocráticas? ¿No podría el nacionalismo funcionar como sustituto de la democracia, o usarse como tal?

Este temor es especialmente agudo entre la "opinión democrática" de Hungría. ¿Por qué —preguntan— la dirigencia del nuevo partido, en una de sus primeras actuaciones, permitió una manifestación masiva independiente en contra de la persecución de la minoría húngara en Transilvania por parte del régimen de Ceausescu? En parte, naturalmente, para desahogo del pueblo y para granjearse así el crédito social. Pero quizás también porque permitiéndole a la gente gritar sobre los derechos nacionales en Transilvania, se inclinara menos a pensar en los derechos civiles en Hungría. En verdad fue algo extraño tal manifestación alumbrada por antorchas en la plaza de los Héroes, en Budapest. Los discursos fueron una mezcla inquietante de sentimientos altruistas un tanto formales (derechos universales, los pobres rumanos también sufren) y de púrpura retórica nacionalista.

Tuve la apabullante impresión de una multitud solitaria: hombres y mujeres de semblante ligeramente confundido vocalizaban himnos olvidados a medias y empezaban a redescubrir lo que significa ser una nación. Espectáculo a un tiempo patético, conmovedor e inquietante.

"Lo único que queremos es libertad y democracia para los húngaros de Transilvania" dijo un orador. Fueron aplausos. Luego, casi a manera de reflexión ulterior, "...y libertad para nosotros". Aplauso todavía más fuerte. De haber estado en el lugar del dirigente del Partido Húngaro, Károly Grósz, no habría estado totalmente seguro de poder separar la causa nacional de la democrática. Poco trecho hay entre preguntar por qué el gobierno húngaro no hace más por los húngaros de los

Estados socialistas vecinos, y preguntar por qué se tiene el tipo de gobierno húngaro que no puede hacer más. Hasta cierto punto, el gobierno de Jaruzelski encara un dilema comparable en el candente problema nacional de la masacre de Katyn, y los otros "espacios vacíos" de las relaciones polaco-soviéticas.

La segunda dimensión es el renacimiento de la religiosidad, no sólo en Polonia sino también en Checoslovaquia, Alemania Oriental e incluso, bien que en pequeña escala, en Hungría. Esto también es sumamente complejo, ya sea que se consideren las raíces sociales, los aspectos confesionales o las repercusiones políticas. ¿Por qué tantos jóvenes de Europa Oriental, criados a menudo en un medio absolutamente ateo, tanto en su hogar como en la escuela, abrazan la religión o, al menos, se acercan a las iglesias? ¿Es simplemente porque la naturaleza tiene horror a un vacío de valores como el que ha dejado el derrumbe de la ideología socialista? ¿Se trata de la búsqueda de bienestar en medio de la decadencia material, la miseria y la desesperanza? El renacimiento religioso penetra en distintos sentidos, y resulta muy difícil ver en cuál cala más hondo.²

La tercera dimensión importante es lo que ha dado en llamarse la reconstitución de la "sociedad civil" en Europa Centrooriental. A este respecto existe ya una literatura bastante extensa, aunque el concepto sigue siendo lamentablemente impreciso, en parte debido a la variedad de usos que había tenido (sobre todo en Hegel), pero principalmente porque en la actualidad se usa para describir dos cosas diferentes: (a) toda la gama de asociaciones, vínculos y actividades sociales independientes del Estado, desde los grupos corales hasta la Carta 77, desde *samizdat* hasta los breviaros y desde los granjeros privados hasta los homosexuales; (b) más limitadamente, y de manera más política, los productos de esa estrategia de "autoorganización social" que, de manera general, fue adoptada por la oposición democrática en Polonia, Hungría y Checoslovaquia en la segunda mitad de los años setenta. Para ellos, la reconstitución de la "sociedad civil" fue tanto un fin en sí mismo como un medio de alcanzar el cambio político y, a la larga, el cambio en la naturaleza del Estado. El inciso *b* es parte del *a*. El desarrollo de *a* generalmente ocurrirá sin plan previo, o al menos sin inscribirse en una estrategia política general, aunque la emergencia de asociaciones y lazos sociales no políticos haya sido facilitada por la estrategia de *b* y deliberadamente se incluye en ésta. Podría llamarse a *a* simplemente "sociedad", de no ser porque en Polonia el término "sociedad" (*społeczństwo*) ha venido a usarse precisamente para referirse a aquellas partes de la sociedad organizadas o civilmente activas) que desde agosto de 1980 pueden considerarse en oposición con los poderes. Así que mientras en otras partes la gente dice "sociedad civil" pero refiriéndose a la sociedad, aquí la gente dice "sociedad" pero refiriéndose a la sociedad civil.

En Hungría la "sociedad civil", incluso en el sentido *a*, fue casi totalmente destruida por el estalinismo y la contrarrevolución posterior a 1956, pero se ha ido reconstruyendo lenta y silenciosamente. Una medida ru-

dimentaria de esto es el número de clubes y asociaciones independientes: más de 13 000 en los años treinta, que bajaron a 1 000 en los cincuenta y volvieron a subir a 3 500 en 1981.³ Sin embargo, en los últimos dos años, hemos visto un florecimiento repentino de la sociedad civil en el sentido *b*: la efervescencia más o menos espontánea de clubes, asociaciones y cámaras donde debaten diferentes grupos sociales e intelectuales, la mayoría de cuyos miembros conscientemente agitan como ciudadanos, preocupados no sólo por sus intereses individuales o de grupo, sino por la situación nacional. La invitación a la manifestación de la plaza de los Héroes fue firmada por no menos de 12 de dichos grupos, y dos de ellos eran alianzas: el Foro Democrático Húngaro de "populistas" o nacionalistas, y la Red de la Iniciativa Privada para el resto.

Tal vez los más notables de estos nuevos grupos sean la Unión Democrática de Trabajadores de la Ciencia (esto es, académico) y la Alianza de Jóvenes Demócratas (FIDESZ), fundados en la primavera de 1988. Son éstas las primeras asociaciones independientes que se conformaron en Europa Oriental desde la proscripción de Solidaridad.

En Polonia la situación es a un tiempo peor y mejor. Cuando a mediados de los setenta la oposición democrática empezó a adoptar la estrategia de "autoorganización social" y de "cambiar desde abajo", nunca se imaginó un movimiento masivo como el de Solidaridad, aunque sí que el resultado bien podría ser un nuevo "contrato social". En las postrimerías de los ochenta la sociedad civil o autoorganizada existe en Polonia en una proporción jamás soñada. Hay un asombroso panorama de clubes, asociaciones, publicaciones periódicas, editores, etc., todos independientes, y esto, aunado a algo que recibe el nombre de "la oposición", es aceptado por miembros más realistas de la *Nomenklatura*, y hasta de la policía secreta, como una característica permanente de la vida polaca. En su largo memorandum escrito en 1987, Mieczysław F. Rakowski apunta que "hemos reconocido en la práctica que la oposición constituye un elemento duradero en el mapa político del país".

Este año las autoridades se vieron obligadas, por la gravedad de la crisis económica y el descontento popular, a empezar nuevamente el diálogo privado con esta oposición, buscando con suma cautela la posibilidad de establecer un "pacto anticrisis". Hace unas cuantas semanas se vieron orilladas por una oleada de huelgas a empezar a dialogar directa y públicamente con el hombre que —como a menudo han declarado— ha dejado de ser un "camarada" para ellos: Lech Walesa. Pero, mientras escribo, a mediados de septiembre, todavía no hay nada que siquiera remotamente se parezca a una "camaradería" entre las autoridades y la "sociedad" representada por Solidaridad. No hay "compromiso histórico" ni "contrato social".

Este estancamiento histórico de siete años ha obrado muchos efectos desmoralizadores. Haber reducido a la "sociedad civil" en buena parte al reino de las palabras no es el menos importante de tales efectos.

Aunque resulte incorrecto y prepotente suponer que a los trabajadores y campesinos no les interesan las palabras, las ideas, el libre debate, o el teatro, nada de esto responde inmediatamente a sus preocupaciones más imperiosas: salarios, vivienda, salud, contaminación. Hasta los estudiantes y académicos acaban por cansarse de las palabras si es que éstas no tienen nada que ver con la realidad. El mensaje defensivo de gran parte de la prensa clandestina se resume en el título de una revista que vi el otro día: *Jestésmy*, que quiere decir simplemente "somos". La versión contemporánea de Descartes sería "público, luego existo".

Por si fuera poco, el virtual abandono de la ideología por parte de las autoridades, combinado con la relativa libertad de expresión, aun en las publicaciones censuradas ha resultado en una curiosa devaluación del lenguaje.

En parte como respuesta a este *impasse*, muchos jóvenes brillantes han vuelto su atención hacia una forma de emancipación social más reciente y dinámica: la cuarta dimensión. Se trata de la iniciativa privada. Naturalmente la mayoría de las definiciones tradicionales de "sociedad civil" suponen un fundamento económico, con propiedad privada, derechos de propiedad garantizados debidamente por la ley, libre cambio, etc. Por tanto, en cierto sentido los fines de la empresa privada son el complemento lógico de los fines de la "sociedad civil". Pero en la práctica, meterse en la iniciativa privada hasta ahora se ha visto como un sustituto de la "sociedad civil" en el sentido más restringido y político que se indicó hace un momento.

Sospecho que pocos individuos de Occidente (y tal vez incluso de Oriente) han despertado recientemente a la verdadera escala de la actividad económica privada en Polonia y Hungría. En su excelente libro de 1985, *Private Enterprise in Eastern Europe*, Anders Aslund apuntó que la actividad económica del sector privado legal de Europa Oriental probablemente siguiera fluctuando en torno a un nivel muy bajo, como lo había hecho desde el decenio de 1950. Pero en un artículo reciente el economista anglo-polaco Jacek Rostowski argumenta convincentemente que la "Ley Aslund" ya no es vigente en Polonia; y lo mismo vale claramente para Hungría.

Todas las cifras son sumamente especulativas, pero Rostowski estima que la actividad económica privada (legal y no tanto) da cuenta hoy en día de entre el 38 y el 45% del ingreso personal en Polonia. El empleo total de la fuerza de trabajo. Dos quintas partes de las construcciones de viviendas nuevas pueden clasificarse como privadas. En 1986 y 1987 las divisas que los polacos remitieron del extranjero a su país casi igualaron a los excedentes en divisas por comercio que ganó el sector socializado en su totalidad.

Por lo que toca a Hungría, se estima que la actividad económica privada que genera al menos 30% de los ingresos familiares. Aunque la participación de la fuerza de trabajo es mucho menor (no hay granjeros privados), está creciendo y se llega a estimar hasta en 85% la participación privada en la construcción de viviendas. En

ambos países puede verse ya el papel del sector privado, tanto en los centros urbanos como en el campo: aquí una cantina, una boutique o una compañía comercial de programas para computadora; allá una pujante finca o granja.

Por muchos conceptos, el espectacular crecimiento de la empresa privada en los años ochenta es un ejemplo típico de emancipación en la decadencia y "otomanización" en el plano social. La iniciativa privada está tapando las caries que dejaron las empresas del gobierno: y esto se cumple a la letra en el caso de los dentistas. Florece al proporcionar lo que no puede el sector público, ya sea vivienda, bienes y servicios o atención médica. La variedad de personas que han pasado a la iniciativa privada es al menos tan amplia como la de quienes se han vuelto hacia la religión. Lo mismo ocurre con la variedad de motivos. En el caso de la religión, no siempre se trata del puro amor a Dios; en el de la iniciativa privada, no siempre se trata del amor al dinero. Quienes la emprenden van desde las personas que usan la iniciativa privada como medio para apoyar publicaciones de la oposición hasta la policía secreta que mantiene el ojo oficial sobre las compañías privadas pero una mano extraoficial sobre la caja de caudales.

Existen buenas muestras, tanto en Polonia como en Hungría, de que los miembros más antiguos de la *Nomenklatura*, sus parientes o funcionarios, tienen una importante participación en las compañías privadas.

Para mucha gente, la actividad económica privada es un claro sustituto de la actividad política pública. Un profesor húngaro me dice que hay dos tipos muy distintos entre sus estudiantes: los que desean dedicarse a la empresa privada y los que desean dedicarse a actividades de oposición: por decirlo así, el partido de los intereses y el partido de los valores. El sociólogo Robert Manchin ha encontrado, a partir de sus investigaciones, que los húngaros con fuentes privadas de ingresos se inclinan menos, en promedio, a expresar su descontento con el presente político o a expresar conceptos de cambio político. "Si el autoempleo de medio tiempo es una forma de obtener ingresos que valga la pena", escribe cautelosamente, "la libertad individual no es, por cierto, uno de sus valores centrales". En Polonia los maestros universitarios me han dicho en repetidas ocasiones que los negocios privados son ahora el interés central de sus estudiantes más brillantes. La política oficial de "los rojos" (como los jóvenes llaman políticamente a las autoridades comunistas) está fuera de discusión, pero la política no oficial de la oposición parece ofrecer también algunas perspectivas. Lo que ellos quieren es viajar un año al Occidente, ganar algo de moneda fuerte, aprender tal vez algunas habilidades capitalistas y regresar después a establecer en Polonia una pequeña compañía privada, ya sea de videocassettes, de carpintería, de decoraciones, bisutería, o programas para computadoras.⁴

Sin embargo, hay quienes relacionan su filiación (y su práctica) en la empresa privada con una visión más amplia del cambio social y político. Si la estrategia de la oposición democrática en los años setenta podía des-

cribirse como el "cambio desde abajo", en contraposición con la esperanza revisionista anterior de cambio desde arriba, esta visión de los años ochenta podría definirse crudamente como la del "cambio desde un lado". En Polonia, la mayoría de los simpatizantes de esta vía probablemente se sentirían complacidos con el título de "liberales" —y muchos se lo adjudican. Para los norteamericanos, algunos se definirían mejor como neoliberales o hasta neoconservadores, aunque existen diferencias considerables de estilo y filosofía entre unos y otros. Confundir la *Towarzystwo Gospodarcze* (Asociación Económica) de Varsovia con la *Towarzystwo Przemysłowe* (Asociación de Fábricas) de Cracovia es un pecado casi tan grave como el de confundir *The New Republic* con *Commentary*. El movimiento tiene muchos homólogos intelectuales, pero estas asociaciones, que reúnen a teóricos y prácticos de la empresa privada, son probablemente sus representantes de mayor importancia actualmente.

La asociación de Cracovia empezó, en el auténtico estilo de Galitzia, como un club de comensales. Intelectuales y empresarios se reunían a disfrutar de una comida excelente en una casa particular, y entretanto los intelectuales explicaban la teoría (tomada de Hayek a través de Michael Novak) y los empresarios la práctica (tomada del traspaso mediante algunas propinas), todo ello rociado convenientemente con vodka. Las notas, no carentes de frivolidad, de estas reuniones se publicaron en *13*, periódico clandestino del grupo. Habiendo obtenido, como explica Miroslaw Dzielski —académico y figura principal de la asociación—, el apoyo de "las dos instituciones más poderosas de Cracovia", la universidad y el semanario católico *Tygodnik Powszechny*, procedieron a redactar los estatutos de su asociación para "propagar la actividad económica de los ciudadanos y los principios de la economía de mercados" en el *waivodazgo*⁶ de Cracovia, solicitaron formalmente a las autoridades competentes su registro legal, que obtuvieron a fines del año pasado de un modo un tanto sorprendente, y dieron un curso público de conferencias, "Cómo empezar [en los negocios]". La numerosa asistencia confirmó la impresión de que existe un numeroso público interesado en este campo, particularmente entre los estudiantes, los jóvenes profesionales y los obreros jóvenes calificados.

Cuando esto se escribe, la Asociación de Varsovia aún no recibe el permiso para su registro legal. Bajo la dirección (entre otros) de Aleksander Paszyński, ex periodista de *Polityca* que renunció al periódico durante la ley marcial para crear una compañía privada de asesoría sobre vivienda, que ha tenido gran éxito, la *Towarzystwo Gospodarcze* ha sido un poco más directa y ambiciosa en sus metas: por ejemplo, quiere el derecho de trabajar en todo el país. Potencialmente es una formidable fuerza económica, toda vez que el capital sumado de las compañías que la integran probablemente alcance los cientos de millones de *zloties* o, lo que

es más importante, cientos de miles de dólares. Cuando le pregunté a un importante oficial del gobierno por qué las autoridades no habían dado su visto bueno al registro, respondió simplemente que "por temor a una oposición disfrazada". En efecto, la principal corriente opositora criticó al principio estas iniciativas, en parte debido a que algunos de sus proponentes las representaban explícitamente como sustitutos de la lucha de Solidaridad. A la defensa de la empresa privada se la trató como a una nueva versión de la estrategia postinsurgente del "trabajo orgánico" del siglo XIX. El propio Miroslaw Dzielski dijo que se interesaba en quienes "en un Estado socialista desean hacer arreglos además del socialismo y a pesar del socialismo".

Su posición teórica es: no estamos con el gobierno ni en su contra; que nos proporcione los instrumentos, y nosotros haremos el trabajo. Con todo, si uno empieza a ver con detalle las condiciones de un ambiente duradero y estable para un sector privado considerable, pronto se percatará de que la demanda es, ciertamente, muy radical. El comentario de la asociación de Cracovia sobre el programa gubernamental relativo a la "segunda etapa de la reforma económica" empieza diciendo que "saluda con satisfacción" las propuestas del gobierno. Finaliza sugiriendo un programa de profundas reformas monetarias, "desregulación", "privatización",⁷ y reformas fiscales que Margaret Thatcher podría firmar sin titubear.

Lo que los neoliberales quieren decir a fin de cuentas poco difiere de lo que alcancé a escuchar de una conversación entre dos muchachos en un tranvía repleto. Esto ocurrió en Varsovia cuando el referéndum de 1987 sobre la reforma económica. Luego de reírse de un amigo que había acudido a votar por temor a que de no hacerlo las autoridades (*oni*) le impedirían salir del país, uno de ellos dijo: "pero me parece que deberíamos intentarlo y reformar de alguna manera la economía". "¡Vamos!", respondió el otro, "esta reforma no es viable. Lo único que queda es hacer como en Estados Unidos."⁸

Posición enteramente racional, aunque de un tipo que difícilmente adoptarían las autoridades. Sin embargo, a corto plazo, existen buenas razones egoístas para que las autoridades permitan la expansión del sector privado.



⁶ De *waivod*, comandante de una ciudad o provincia, en los países eslavos. (N. del T.)

En Hungría la teoría político - filosófica no está tan elaborada, aunque sí lo está en mucho mayor grado la práctica empresarial. Aquí ya existen asociaciones bien organizadas de empresarios, con las cuales hace tratos el gobierno. Sin embargo, el órgano principal de discusión empresarial y de libre mercado no es un periódico *samizdat*, sino un semanario completamente oficial, *HVG*, que en términos muy generales podría describirse como el *Economist* húngaro. Engrosado por anuncios de compañías privadas y cooperativas, contiene excelentes artículos sobre acontecimientos económicos y políticos de Hungría y otras partes, y publica las propuestas de reforma más radicales de este lado de la *samizdat*. Tarde o temprano, el análisis de esta cuarta dimensión de la emancipación social inevitablemente se convierte asimismo en un comentario sobre las propuestas oficiales de reformas económicas y políticas.

³ Sin incluir los clubes deportivos. El número de fundaciones privadas creció también de cero en 1977 a 380 en 1986.

⁴ Alrededor del 30% de los empresarios tienen menos de 35 años, según Rotowski, que cita a J. Bawzynski en *Polityka*, No. 37, 1987. Casi 90% de los estudiantes de secundaria encuestados en 1987 declararon que querían salir de Polonia por un período considerable para ganar algo en moneda firme. Otro atractivo del capitalismo queda bien ilustrado en una observación hecha durante la "reunión con los jóvenes" del general Jaruzelski televisada en noviembre pasado. "Mi profesor", señaló Wojciech Nowakowski, "sólo decir que el socialismo es una hermosa idea, pero muy pobre, pues carece de economía. Y nuestras clases de economía parecerían confirmar esto, pues cuando tuvimos que aprender los principios de la economía capitalista resultaron claros y muy fáciles de recordar. Mientras que para aprender los principios de nuestra economía realmente teníamos que sudar".

⁵ La privatización debería consistir en la venta gradual al sector privado de todas las industrias que pertenecen al Estado!

⁶ Pero ¿acaso el papa no ha criticado el capitalismo norteamericano? Parece haber cierta tensión entre las enseñanzas sociales del papa y lo que los neoliberales dicen de "impartir principios éticos al capitalismo" (Miroslaw Dzielski en *Kurs*, No. 27, 1987). Sin embargo, su encíclica "Solicitudin Rei Socialis" incluye un pasaje importante sobre los males que se derivan de la supresión de la iniciativa económica individual "en nombre de una pretendida igualdad", que "produce un sentimiento de frustración o desesperación y predispone a la gente a sustraerse de la vida nacional, orillándola a emigrar", etc. En el comunicado del Episcopado Polaco que se emitió inmediatamente después de la publicación de esta encíclica se declara rotundamente que "a la luz de las enseñanzas sociales católicas, es fundamental que se amplíe considerablemente el papel del sector privado en la economía nacional" (26 de febrero, 1988).

NOTAS

¹ También debe destacarse la influencia de la radio y la televisión —no sólo se recibe la televisión germanooccidental en la mayor parte de Alemania Oriental, sino también la austriaca en partes de Hungría y Checoslovaquia.

² Incluso en las iglesias más políticas existe confusión de asuntos nacionales, sociales y religiosos. En la última "misa por la patria", a la que asistí en la iglesia del padre Popieluszko, en Varsovia, el predicador acabó exhortando a los fieles a dar lo mejor de sí en la lucha contra el alcoholismo, el aborto y el comunismo. En ese orden.

